Domingo 10 junio 2007
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 9,11-17

Fuente y cima de toda la vida cristiana

Jesús hizo muchos milagros en el curso de su vida terrena, como lo afirma la conclusión del Evangelio de Juan: «Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro... Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se habrían de escribir» (Jn 20,30; 21,25). El Evangelio de hoy sintetiza la actividad de Jesús diciendo que él «curaba a los que tenían necesidad de ser curados». Cada curación es un milagro admirable que merecería un relato detallado.

De todos esos innumerables milagros que Jesús obró el único que aparece en los cuatro Evangelios es el de la multiplicación de los panes. Esto indica que los testigos unánimemente consideraron que este es un hecho esencial para la comprensión del misterio cristiano. ¿Por qué lo consideran imprescindible?

Este hecho es importante porque en él emerge Jesús como superior a Moisés que era la autoridad máxima en Israel. En el desierto, ante la falta de alimento para el pueblo, Moisés el ver los granos de maná en el suelo, declaró: «Este es el pan que el Señor les da por alimento» (Ex 16,15). Aquí, también en el desierto ante una multitud de cinco mil hombres, es Jesús mismo el que les da de comer con abundancia: «Jesús partió los panes y los iba dando a los discípulos para que los fueran sirviendo a la gente. Comieron todos hasta saciarse».

Pero no es esta la razón principal de su importancia. La razón principal de su importancia está en lo que iba a venir. Con ese pan Jesús proveía la vida terrena de los hombres. En otro de los relatos explica el milagro diciendo: «No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino» (Mt 15,32). Pero ese pan multiplicado era un signo de otro pan que Jesús nos iba a dar para nutrir en nosotros la vida eterna. Jesús lo explica así: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6,51.54). Este es el pan verdadero.

Desde el primer momento los apóstoles comprendieron que el misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo que Jesús en la última cena les mandó perpetuar era lo más grande que les dejó: era su presencia viva, interior y eficaz. Después de pronunciar sobre el pan y el vino las palabras: «Esto es mi Cuerpo... Este es el cáliz de mi Sangre», Jesús les mandó: «Hagan esto en memoria mía». Los apóstoles obedecieron este mandato y al nutrirse de ese alimento ellos experimentaban que se cumplía esta promesa de Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él» (Jn 6,56).

Entonces la multiplicación de los panes adquirió pleno sentido. Entonces comprendieron por qué Jesús en esa ocasión les dijo: «Denles ustedes de comer». En el anuncio de Jesús podían tal vez omitir otros hechos; pero éste no, porque éste es esencial para la comprensión del misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo, que es imprescindible en una vida cristiana auténtica. Respecto de este misterio, que celebramos este domingo, la Iglesia enseña: «La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana". Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua» (Catecismo de la Iglesia Católica, N. 1324). Nadie debe privarse de semejante bien.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles